



EL PRINCIPITO AJIMULIN

Hace de esto muchos años, en un lugar cercano a la India, vivía un principito llamado Ajimulín. El príncipe era muy querido por todos los habitantes de su país, debido a su gran corazón, ya que Ajimulín jamás se sentaba a la mesa sin antes haber dedicado una o dos oraciones a los pobres del país, que eran dos, Bahajará y Sahajori. No sólo oraba por los pobres del país, sino que todos los años les obsequiaba con un cesto lleno de carcochas, una fruta parecida a las guindas, que él mismo cultivaba en el huerto de palacio.

Ajimulín practicaba, a pesar de su corta edad, el bello deporte de la caza del tigre. Todos los lunes salía a lomos de su elefantito, que él mismo había domado, y se internaba en la selva y en la jungla en busca de los feroces tigres. Sus padres nunca iban con él, preferían quedarse en casa ordenando el Harrem. Ajimulín llevaba como único acompañante un criado llamado Mujilé, que caminaba delante del elefantito, agitando en sus manos un puñado de cascabeles. Los tigres que sabían de la puntería del principito con el arco y la flecha, apenas oían los cascabeles corrían a ocultarse en sus cuevas; pero Ajimulín metía una ramita en cada cueva y hostigaba a los tigres hasta que les obligaba a salir de su escondite. Y ahí estaba Ajimulín esperándoles con el arco tenso y la flecha tensa.

Un día en que Ajimulín cruzaba

la jungla a lomos de su elefantito, sobrevino una gran tormenta. El elefantito se desbocó y Ajimulín cayó al suelo golpeándose tan fuerte que perdió el conocimiento. Su criado Mujilé, trató de sujetar al elefantito; pero el elefantito, asustado por los relámpagos y los truenos, le dio una coz en el pecho, a consecuencia de la cual, el fiel criado de Ajimulín murió instantáneamente.

El pequeño príncipe tardó más de dos horas en recobrar el conocimiento. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Los relámpagos iluminaban fugazmente la jungla. Ajimulín sacó su brújula y comenzó a caminar en dirección al sudeste; pero la lluvia cada vez más intensa le mojaba la brújula y resultaba muy difícil ver dónde estaba el sudeste. Ajimulín pensó que lo mejor era esperar a que se hiciera de día y buscando un lugar donde cobijarse encontró una cueva.

El pequeño príncipe, desafiando la oscuridad, penetró en la cueva, pero cuál no sería su sorpresa cuando fue devorado por dos tigres.

Durante muchos años, sus papás lo buscaron por entre la maleza, pero nunca pudieron imaginar que Ajimulín estaba en aquellos excrementos de tigre que habían bajo la segunda palmera de la derecha.

Y es que no se debe hostigar a los tigres porque tienen muy mala leche.

GILA

